



Henry David Thoreau

Los Últimos Días
de John Brown

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JOHN BROWN

HENRY DAVID THOREAU

PUBLICADO: 1860
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JOHN BROWN

HENRY DAVID THOREAU

La carrera de John Brown durante las últimas seis semanas de su vida fue como un meteoro, destellando a través de la oscuridad en la que vivimos. No conozco nada tan milagroso en nuestra historia.

Si alguna persona, en una conferencia o conversación de aquella época, citaba algún ejemplo antiguo de heroísmo, como Catón o Tell o Winkelried, pasando por alto los recientes hechos y palabras de Brown, cualquier audiencia inteligente de hombres del Norte lo consideraba insulso e inexcusablemente descabellado.

Por mi parte, suelo prestar más atención a la naturaleza que al hombre, pero cualquier acontecimiento humano puede cegar nuestros ojos ante los objetos naturales. Estaba tan absorto en él que me sorprendía cada vez que detectaba que la rutina del mundo natural sobrevivía quieta, o me encontraba con personas que se ocupaban de sus asuntos con indiferencia. Me parecía extraño que el "mirlo acuático" siguiera zambulléndose tranquilamente en el río, como antaño; y me sugería que este pájaro podría seguir zambulléndose aquí cuando Concord ya no existiera.

Sentí que él, prisionero en medio de sus enemigos y condenado a muerte, si se le consultaba sobre su próximo paso o recurso, podía responder más sabiamente que todos sus compatriotas. Era el que mejor comprendía su posición; el que la contemplaba con más calma. Comparativamente, todos los demás hombres, del Norte y del Sur, estaban fuera de sí. Nuestros pensamientos no podían volver a ningún hombre más grande, más sabio o mejor con quien contrastarlo, porque él, entonces y allí, estaba por encima de todos. El hombre que este país estaba a punto de ahorcar parecía el más grande y el mejor.

No se necesitan años para revolucionar la opinión pública; en este caso, días, más bien horas, producen cambios notables. Cincuenta de los que estaban dispuestos a decir al entrar en nuestra reunión en su honor en Concord, que debía ser colgado, no lo dijeron al salir. Oyeron la lectura de sus palabras; vieron los rostros serios de la congregación; y tal vez se unieron al fin para cantar el himno en su alabanza.

El orden de los instructores se invirtió. Oí que un predicador, que al principio se escandalizó y se mantuvo distante, se sintió obligado al fin, después de que lo colgaran, a hacer de él el tema de un sermón, en el que, hasta cierto punto, elogió al hombre, pero dijo que su acto había sido un fracaso. Un influyente maestro de escuela consideró necesario, después de los servicios, decir a sus alumnos adultos que al principio pensaba como el predicador, pero que ahora pensaba que John Brown tenía razón. Pero se sobreentendía que sus alumnos iban tan por delante del maestro como él iba por delante del sacerdote; y sé con certeza que niños muy pequeños en casa ya habían preguntado a sus padres, en tono de sorpresa, por qué Dios no había intervenido para salvarlo. En cada caso, los maestros constituidos eran sólo medio conscientes de que no estaban guiando, sino siendo arrastrados, con alguna pérdida de tiempo y poder.

Los predicadores más concienzudos, los hombres de la Biblia, los que hablan de principios y de hacer a los demás lo que uno quisiera que le hicieran a uno, ¿cómo podían dejar de reconocerlo a él, con mucho el más grande predicador de todos ellos, con la Biblia en su vida y en sus actos, la encarnación del principio, que realmente llevaba a cabo la regla de oro? Todos aquellos cuyo sentido moral se había despertado, que tenían una llamada de lo alto para predicar, se pusieron de su parte. ¡Qué confesiones arrancó a los

fríos y conservadores! Es notable, pero en general es bueno, que no fuera la ocasión para que se formara una nueva secta de Brownitas entre nosotros.

Ellos, ya sea dentro o fuera de la Iglesia, que se adhieren al espíritu y dejan de lado la letra, y en consecuencia son llamados infieles, fueron como de costumbre los primeros en reconocerlo. En el Sur ya se había ahorcado a hombres por intentar rescatar esclavos, y el Norte no se conmovió mucho por ello. ¿De dónde, entonces, esta maravillosa diferencia? No estábamos tan seguros de su devoción a los principios. Hicimos una sutil distinción, olvidamos las leyes humanas y rendimos homenaje a una idea. El Norte, me refiero al Norte vivo, era de repente todo trascendental. Fue detrás de la ley humana, fue detrás del aparente fracaso, y reconoció la justicia y la gloria eternas. Comúnmente, los hombres viven de acuerdo con una fórmula, y se dan por satisfechos si se observa el orden de la ley, pero en este caso, en cierta medida, volvieron a las percepciones originales, y hubo un ligero renacimiento de la antigua religión. Vieron que lo que se llamaba orden era confusión, lo que se llamaba justicia, injusticia, y que lo mejor se consideraba lo peor. Esta actitud sugería un espíritu más inteligente y generoso que el que animaba a nuestros antepasados, y la posibilidad, en el curso de los tiempos, de una revolución en favor de otro pueblo oprimido.

La mayoría de los hombres del Norte, y unos pocos del Sur, se sintieron maravillosamente conmovidos por el comportamiento y las palabras de Brown. Vieron y sintieron que eran heroicas y nobles, y que no había habido nada igual en su género en este país o en la historia reciente del mundo. Pero la minoría no se conmovió ante ellos. Sólo les sorprendió y provocó la actitud de sus vecinos. Vieron que Brown era valiente y que creía haber hecho lo correcto, pero no detectaron en él ninguna otra peculiaridad. Como no estaban acostumbrados a hacer distinciones finas, ni a apreciar la magnanimidad, leían sus cartas y discursos como si no los leyeran. No se daban cuenta cuando se acercaban a una afirmación heroica, -no sabían cuando ardían. No sentían que hablaba con autoridad, y por eso sólo recordaban que la ley debía ser ejecutada. Recordaron la vieja fórmula, pero no escucharon la nueva revelación. El hombre que no reconoce en las palabras de Brown una sabiduría y nobleza, y por lo tanto una autoridad, superior a nuestras leyes, es un demócrata moderno. Esta es la prueba para descubrirlo. No está ciego por voluntad propia, sino constitucionalmente, y es coherente consigo mismo. Tal ha sido su vida pasada; no hay duda de ello. Del mismo modo,

ha leído la historia y la Biblia, y acepta, o parece aceptar, la última sólo como una fórmula establecida, y no porque haya sido convencido por ella. No encontrarás sentimientos similares en su libro de cabecera, si es que tiene uno.

Cuando se hace un acto noble, ¿quién puede apreciarlo? Aquellos que son nobles. No me sorprendió que algunos de mis vecinos hablaran de John Brown como de un delincuente común, porque ¿quiénes son ellos? O tienen mucha carne, o mucho oficio, o mucha tosquedad de algún tipo. No son naturalezas etéreas en ningún sentido. Predominan en ellos las cualidades oscuras. Varios de ellos son decididamente paquidérmicos. Lo digo con pena, no con ira. ¿Cómo puede contemplar la luz un hombre que no tiene luz interior que le responda? Son fieles a su derecho, pero cuando miran hacia aquí no ven nada, están ciegos. Que los hijos de la luz contiendan con ellos es como si hubiera una contienda entre águilas y búhos. Muéstrame a un hombre que sienta amargura hacia John Brown, y déjame oír qué noble verso puede repetir. Se quedará tan mudo como si sus labios fueran de piedra.

No todos los hombres pueden ser cristianos, ni siquiera en un sentido muy moderado, cualquiera que sea la educación que se les dé. Después de todo, es un asunto de constitución y temperamento. Puede que tenga que nacer de nuevo muchas veces. He conocido a muchos hombres que pretendían ser cristianos, en quienes era ridículo, pues no tenían genio para ello. No todos los hombres pueden ser libres.

Los editores insistieron durante un buen tiempo en decir que Brown estaba loco; pero al final sólo dijeron que era "un plan descabellado", y la única prueba que se presentó para demostrarlo fue que le costó la vida. No me cabe duda de que si hubiera ido con cinco mil hombres, liberado a mil esclavos, matado a cien o dos esclavistas y matado a otros tantos de su propio bando, pero no hubiera perdido la vida, esos mismos editores lo habrían calificado con un nombre más respetable. Sin embargo, ha tenido mucho más éxito que eso. Ha liberado a muchos miles de esclavos, tanto del Norte como del Sur. Parece que no sabían nada de vivir o morir por un principio. Todos lo llamaron loco entonces; ¿quién lo llama loco ahora?

Durante toda la conmoción causada por su notable intento y su comportamiento posterior, la Legislatura de Massachusetts, sin tomar ninguna medida para la defensa de sus ciudadanos que probablemente serían llevados a

Virginia como testigos y expuestos a la violencia de una turba de esclavistas, estaba totalmente absorta en una cuestión de agencia de licores, y se entregaba a pobres bromas sobre la palabra "extensión". Los malos espíritus ocupaban sus pensamientos. Estoy seguro de que ningún estadista a la altura de las circunstancias habría podido ocuparse en absoluto de esa cuestión en aquel momento, ¡una cuestión muy vulgar para ocuparse en cualquier momento!

Cuando busqué en una liturgia de la Iglesia de Inglaterra, impresa cerca del final del siglo pasado, con el fin de encontrar un servicio aplicable al caso de Brown, encontré que el único mártir reconocido y previsto por ella era el rey Carlos I, un eminente canalla. De todos los habitantes de Inglaterra y del mundo, era el único, según esta autoridad, a quien esa iglesia había hecho mártir y santo; y durante más de un siglo había celebrado su martirio, así llamado, con un servicio anual. ¡Qué sátira de la Iglesia!

No busquéis vuestra guía en las legislaturas ni en las iglesias, ni en ningún organismo constituido sin alma, sino en los inspirados o inspiradores. ¿De qué os sirven todos vuestros logros académicos y vuestra erudición, comparados con la sabiduría y la hombría? Para omitir su otro comportamiento, vean qué obra escribió este hombre comparativamente no leído e iletrado en seis semanas. ¿Dónde está nuestro profesor de bellas letras o de lógica y retórica, que pueda escribir tan bien? Escribió en prisión, no una Historia del Mundo, como Raleigh, sino un libro americano que creo que vivirá más que eso. No conozco tales palabras, pronunciadas en tales circunstancias, y tan copiosamente, ni en la historia romana, ni en la inglesa, ni en ninguna otra. ¡Qué variedad de temas tocó en ese breve espacio! Hay palabras en esa carta a su esposa, con respecto a la educación de sus hijas, que merecen ser enmarcadas y colgadas sobre cada repisa de la chimenea en el país. Compárese esta sabiduría sincera con la del Pobre Ricardo.

La muerte de Irving, que en cualquier otro momento habría atraído la atención de todo el mundo, pasó casi desapercibida, ya que ocurrió mientras sucedían estas cosas. Tendré que leer sobre ella en la biografía de los autores.

Los caballeros literarios, los editores y los críticos creen que saben escribir porque han estudiado gramática y retórica, pero están muy equivocados. El arte de la composición es tan simple como la descarga de una bala de fu-

sil, y sus obras maestras implican una fuerza infinitamente mayor detrás de ellas. El habla y la escritura de este hombre iletrado son inglés estándar. Algunas palabras y frases que antes se consideraban vulgarismos y americanismos, él las ha convertido en americanas estándar, como "It will pay" (Pagará). Esto primero, esto segundo, esto tercero; con guijarros en la boca o sin ellos. Esto exige seriedad y hombría principalmente.

Parece que hemos olvidado que la expresión "una educación liberal" significaba originalmente entre los romanos una educación digna de hombres libres, mientras que el aprendizaje de oficios y profesiones con los que simplemente ganarse la vida se consideraba digno sólo de esclavos. Pero siguiendo la pista de la palabra, yo iría un paso más allá, y diría que no es el hombre de riqueza y ocio simplemente, aunque dedicado al arte, o la ciencia, o la literatura, quien, en un sentido verdadero, es educado liberalmente, sino sólo el hombre serio y libre. En un país esclavista como éste, no puede haber tal cosa como una educación liberal tolerada por el Estado; y esos eruditos de Austria y Francia que, por muy eruditos que sean, están contentos bajo sus tiranías, han recibido sólo una educación servil.

Nada pudieron hacer sus enemigos que no redundara en su beneficio infinito, es decir, en beneficio de su causa. No lo ahorcaron de inmediato, sino que lo reservaron para que les predicara. Y luego hubo otro gran error. No colgaron a sus cuatro seguidores con él; esa escena se pospuso todavía; y así se prolongó y completó su victoria. Ningún director de teatro podría haber dispuesto las cosas tan sabiamente para dar efecto a su comportamiento y a sus palabras. ¿Y quién, pensáis, era el director? ¿Quién colocó a la esclava y a su hijo, a quienes se inclinó para besar como símbolo, entre su prisión y la horca?

Pronto vimos, como él vio, que no iba a ser perdonado ni rescatado por los hombres. Eso habría sido desarmarlo, devolverle un arma material, un fusil de Sharpe, cuando él había empuñado la espada del espíritu, la espada con la que realmente ha ganado sus mayores y más memorables victorias. Ahora no ha dejado de lado la espada del espíritu, porque él mismo es puro espíritu, y su espada es también puro espíritu.

"Él nada común hizo o significó

En aquella memorable escena

Ni llamó a los dioses con vulgar rencor,
para reivindicar su indefenso derecho;
sino que inclinó su hermosa cabeza
como en un lecho".

¡Qué tránsito fue el de su cuerpo horizontal solo, pero recién cortado del árbol de la horca! Leemos que en ese momento pasó por Filadelfia, y el sábado por la noche había llegado a Nueva York. Así, como un meteoro, atravesó la Unión desde las regiones del Sur hacia el Norte. Los vagones no habían transportado semejante carga desde que lo llevaron vivo hacia el Sur.

El día de su traslado, oí, sin duda, que lo habían ahorcado, pero no sabía lo que eso significaba; no sentí pena por ello; pero durante uno o dos días ni siquiera oí que estaba muerto, y no lo creeré después de muchos días. De todos los hombres de quienes se decía que eran contemporáneos míos, me parecía que John Brown era el único que no había muerto. Ahora nunca oigo hablar de un hombre llamado Brown -y oigo hablar de ellos con bastante frecuencia-, nunca oigo hablar de ningún hombre particularmente valiente y serio, pero mi primer pensamiento es John Brown, y qué relación puede tener con él. Me lo encuentro a cada paso. Está más vivo que nunca. Se ha ganado la inmortalidad. No está confinado a Elba del Norte ni a Kansas. Ya no trabaja en secreto. Trabaja en público, y en la luz más clara que brilla en esta tierra.

EL FIN.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB